

CONFERENCIA XXII

EL MÁS PEQUEÑO EN EL REINO DEL CIELO

1. **Significación de la frase *madre de la patria*.**— Cuando Jerjes subió al trono de Persia, y en él se hubo consolidado, quiso dar á sus súbditos una idea de su poder y de su dicha, y al propio tiempo hacerles participar de su alegría.

Á este efecto, al año tercero de su reinado, celebró grandes fiestas en Susa, capital de su imperio, que se extendía desde Etiopía y el Mediterráneo hasta las Indias, y que comprendía 127 gobiernos.

Estas fiestas duraron medio año. Los primeros invitados fueron los gobernadores, los generales, los príncipes y los nobles. Pero la última semana, todos los habitantes de la capital, fueron convidados á participar de ellas. Así nada se escatimó para mostrar la liberalidad del gran rey, y para aumentar el asombro y la alegría del pueblo.

Finalmente, el todopoderoso monarca quiso poner digno remate á sus larguezas y generosidad. Envió á buscar á la reina, y le ordenó comparecer ante los ojos de todos con el esplendor de su belleza y de los ornamentos reales. ⁽¹⁾

Rasgo es este completamente natural, y que responde á los sentimientos y aun á las necesidades del corazón humano.

En todas partes donde los antiguos pueblos se consideraban como formando una sola familia, en las epopeyas y las crónicas de la Edad Media, vemos que una fiesta popular ó un triunfo con ocasión de una gran victoria, no hubiesen sido completos, si la reina no hubiese tomado parte en ellos.

(1) Est., I, 11.

Su aparición colmaba siempre el júbilo del pueblo. Era ella el atractivo principal del conjunto; su única presencia bastaba para prevenir todo desorden, y para originar calma solemne en todos los corazones transportados de entusiasmo.

Desde que el mundo no conoce más que el Estado, se ha hecho insensible á todo esto. Si no tuviese la influencia sensible de la belleza femenina, apenas podría explicarse esta particularidad de los antiguos tiempos, pues la interpreta como homenaje tributado á la belleza de la mujer.

Pero en realidad, era algo de incomparablemente más noble. Era la expresión del lazo íntimo que unía entonces á todos los miembros de un mismo pueblo. Hoy que el Estado tiene por único objeto envolver en círculo de hierro á cierto número de individuos que saben que serán absorbidos por sus vecinos en el momento mismo en que rompiesen este círculo, ¿de qué serviría una reina?

Pero antiguamente en que se representaba á cada pueblo como una familia, su presencia era indispensable. Lo que mejor pinta la situación es el nombre de *madre de la patria* que entonces se le daba. El desarrollo interior de una nación llegaba á formar un *reino*, un *país*, un *pueblo*, —porque, para aquellos tiempos, no puede uno servirse de la palabra *Estado*—cuyos miembros estaban estrechamente unidos por lazos vivos, y casi podríamos decir por los lazos de la sangre, como la familia.

De aquí provenía aquel amor por la reina que hoy parece tan curioso é imposible, amor que, en apariencia, superaba de mucho á menudo al que se profesaba al príncipe.

Ahora bien, del mismo modo que la familia se siente desamparada cuando muere la madre, y ve romperse el lazo que unía aun á hermanos enemigos, así también los pueblos no hubiesen experimentado la impresión de que constituían un todo, si no hubiesen sabido que la reina estaba constantemente entre ellos. Y así como la alegría de una fiesta de familia no es completa si falta la madre, así

también no podían asistir á una fiesta en que faltase la madre del país.

2. Sin María como madre, no hay Iglesia.—Pues bien, la Iglesia no es un Estado, ni un parlamento, ni una asociación libre formada por casualidad, sino que es la familia más perfecta, el modelo de todas las familias. El Jefe de esta familia es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, «el cual es el principio y la cabeza de toda esta gran familia que está en el cielo y sobre la tierra», ⁽¹⁾ y nuestro Padre también, de quien nuestro hermano, «el Primogénito entre muchos hermanos», ⁽²⁾ nos ha enseñado á orar así: «Nuestro Padre que está en los cielos». ⁽³⁾

Pero un padre, un hermano, hijos, no constituyen todavía la familia. Donde no hay madre, no existe la familia. Preciso es que tengamos una madre; sin ella, no tendríamos padre ni hermanos.

Ahora bien, no podemos dudar de que ella es para nosotros esta madre, si tenemos fe en la palabra de nuestro Hermano.

Al exhalar su último suspiro, recomendó al único de sus discípulos que junto á Él estaba en aquel momento, que cuidase de su Madre como si fuese la suya propia. ⁽⁴⁾

Así, pues, el que anula el testamento de su hermano, y no reconoce á la madre de su hermano como á su propia madre, renuncia á la herencia que le ha prometido, niega toda solidaridad con él y se separa de su familia.

El que no considera á la Madre de Jesús como madre de la Iglesia, reniega de la Madre de Jesús. Sin madre, no hay familia, y sin María, no hay Iglesia.

Sólo en la verdadera Iglesia existe la verdadera fe en María. No por casualidad, sino en virtud de una necesidad inevitable, la Reforma, que hacía de la Iglesia una palabra vacía de sentido, ó un ente de razón, arrojó á la Madre de Dios de su trono y renegó de su propia Madre.

(1) Eph., III, 14, 15.—(2) Rom., VIII, 29.

(3) Matth., VI, 9.

(4) Ioan., XIX, 27.

Si la Iglesia no es un lazo de familia entre Dios y los hombres, María nada tiene que ver con ellos, ni ellos con María.

Pero si María no es la Madre de todos los redimidos, ⁽¹⁾ la Iglesia puede ser cualquier cosa, un puesto de policía, una rica casa de retiro, como en el anglicanismo, una secta filosófica, como en el racionalismo, una abstracción mística invisible, como en el protestantismo, todo, excepto la sociedad viviente de los miembros redimidos por Jesucristo.

Allí donde falta el culto de María como Madre, allí falta también la solidaridad entre los fieles, porque no existe el espíritu de familia. Allí cada uno piensa y obra por sí mismo; allí todo se descompone, como en la familia, cuando los hijos arrojan de la casa á su madre. Fórmanse las sectas unas tras otras; diariamente se ve nacer un nuevo error; nada contiene la disolución general en la fe y en la vida.

Al contrario, María hace desaparecer todos los errores y divisiones en el mundo cristiano, porque siempre es la Madre que, con su influencia, nivela las desigualdades, é impulsa á los miembros de la familia á armonizar sus miras y su conducta.

Inútil decir en qué se convertiría la cristiandad, si se lograra arrancar del corazón de sus miembros el amor que profesan á su Madre.

Á cada momento puede comprobarse esto con los más tristes ejemplos. Todo es frío y desierto allí donde María no es considerada como madre. Aquellos aires de austeridad que se califican con la expresión de *vida según la Iglesia*, refiriéndose á tiempos antiguos mejores, no embellecen la existencia. Nadie sabe cómo arreglarse para celebrar alegres fiestas. Se ha dado buena cuenta del consuelo que experimenta uno viviendo en su casa y de la dicha de la vida de familia. Apenas si se reúnen un momento los domingos. Todos se sienten muy pronto hastiados de la

(1) Albert. Magn., Super: *Missus est*, q. 145.

casa inhospitalaria en que acaban de pasar algunos momentos, y que se han apresurado á abandonar cuanto antes.

Pero el que ha recibido por mediación del Espíritu Santo «el pensamiento de Jesucristo», ⁽¹⁾ el que, con Él, ha conservado el sentimiento de la fraternidad, antes se dejaría arrancar el alma que perder el amor de la Madre de Jesús.

Sin María, el cristiano sería desgraciado. Una simple mirada á ella hace pensar en la patria eterna y en la familia divina de que uno es miembro. Y esto produce en él confianza, valor, alegría, entusiasmo.

3. María madre de la gracia y de la vida sobrenatural.—Vese, pues, que es absolutamente necesario hablar de María en una exposición completa de la perfección cristiana. Pasarla en silencio, equivaldría á querer inculcar esta última sin hablar de Jesucristo.

Que nadie vea en esto una fórmula oratoria. No, es ello tan serio, que nuestro mayor disgusto consiste en no poseer un término para expresar más enérgicamente esta idea.

Sería demasiado poco creer que, después de Jesucristo, es María, por sus virtudes personales, el mayor modelo de toda perfección posible.

Ningún cristiano lo negará; es Ella, entre todas las criaturas, el resumen más perfecto de toda santidad humana, natural y sobrenatural.

Pero, al igual que Jesucristo, es mucho más que esto. Llamar á Jesucristo el Maestro y el ideal más elevado de toda virtud, es poca cosa. También el racionalismo lo ha considerado como un ideal, como un modelo digno de imitación, y el protestantismo le adora igualmente como maestro de la virtud, como la verdad, pero con la reserva de poder interpretar su doctrina según la manera de ver de la época.

Evidentemente, no es esta la última palabra sobre Él.

(1) I Cor., II, 16.

La última palabra consiste en adorar y en apropiarnos en toda verdad á Jesucristo, como la fuente de todo bien, es decir, como la fuerza de Dios para realizar el bien, como el autor y consumidor de la santidad, como la vida.

Del mismo modo, María es para nosotros mucho más que un modelo de virtudes.

Como madre de la fuente de toda gracia, es, y así la llaman las letanías, verdaderamente la Madre de la gracia divina. Del mismo modo que no podemos poseer al Dueño de la gracia sin ella, así también no recibimos ninguna gracia, sino por ella.

De intento decimos *por* ella, y no *sin* ella, porque no sólo su intercesión nos procura la gracia, sino que, en realidad, por su persona recibimos todas las gracias que el Redentor ha merecido para nosotros.

Del mismo modo que María ha sido el canal por medio del cual vino Jesucristo al mundo en forma humana, para realizar la obra de la Redención, así también es ella la vía por la cual nos llegan los frutos de su obra. ⁽¹⁾

María es la intendente y distribuidora de todo lo que pertenece á la familia divina. Ella tiene la llave de todos los tesoros de la casa de Dios. ⁽²⁾ Ahora bien, las gracias constituyen estos tesoros, y no se le ha confiado este cargo para que ella sola se beneficie de ellos. Si está llena de gracia, es igualmente para nosotros. ⁽³⁾

Del mismo modo que el esposo experimenta alegría en honrar á su esposa, haciendo pasar por sus manos los beneficios que quiere distribuir; del mismo modo que remite á ella á todos los que se dirigen á él, así también el Espíritu Santo, distribuidor de las gracias, obra con relación á María, su esposa sin mancha.

Jesucristo es la fuente de las gracias, María es el depósito, al cual dirige el Espíritu Santo los arroyos que ma-

(1) Albert. Magn., *De laudibus B. Mar.*, 9, 15. Bernard., *Nativ. Mar.*, n.º 4. Petrus Cellens., *De panibus*, c. 12.

(2) Bernard., *Annunciat.*, 3, 7. Albert. Magn., *l. c.*, 10, 17.

(3) Antonin., IV, t. 15, c. 16. Bernard., *Nativ. Mar.*, n.º 4.

nan de las llagas del Salvador, á fin de que todos puedan beber en él. ⁽¹⁾

Así, pues, quien pida gracias á Dios, debe dirigirse á María, y lo que recibimos de Él en materia de gracias, lo obtenemos por medio de ella. ⁽²⁾

La misma Iglesia usa este lenguaje cuando le pide cosas que sólo Dios puede conceder:

«Quebrantad las cadenas de los pecadores; conceder la luz á los ciegos, alejad de nosotros todo mal, y pedid para nosotros todo bien».

No hay, pues, exageración cuando hablamos de la cooperación de María en la obra de la Redención, ⁽³⁾ y de su mediación eficaz cerca del Mediador, ⁽⁴⁾ ó cuando el piadoso hermano Eberhardo de Sajonia canta:

«En ti habita la salvación». ⁽⁵⁾

Sí, razón teníamos en decir que hablar de la perfección sin María, era poco más ó menos lo mismo que querer hablar de la santidad sin Jesús. Porque querer dirigirse hacia la virtud, y no llamar la atención sobre María son dos cosas inconciliables. Pero buscar la gracia sin María, es locura y presunción, como muy bien dice el Dante:

«Sol del mediodía, nos abrasas de ardiente caridad. Eres para los mortales fuente de viva esperanza. ¡Oh mujer!, eres tan grande, y tienes tal poder, que todo el que quiere una gracia, y no recurre á ti, anhela que sus deseos vuelen sin alas. ⁽⁶⁾

Guardémonos todos de creer inmediatamente en exageraciones, cuando se exalta en términos entusiastas el poder y dignidad de la Madre de Dios. Sin duda que se en-

(1) Maria da Agreda, *Myst. Civitas*, I, n.º 600, 603.

(2) Bernard., *Nativ. Mar.*, n. 7, 8.

(3) Balduin., *Salud. Angel.* (Migne, 204, 473, a, b). Sylveira, *In Apoc.*, c. 4, q. 11, n. 84 y sig. Poiré. *La triple couronne*, tr. 2, c. 11 (Paris, 1633, II, 75 y sig., 213 y sig.) Maracci, *Polyanthea Mariana*, Colón, 1710, 133, 411 y sig., 573 y sig., 575 y sig., 593 y sig., 595 y sig.; Scheeben, *Dogmatik*, III, 592 y sig.

(4) Bernard., *Domin. infra octav. assumpt.*, n.º 2; Albert. Magn., *De laudibus B. Mar.*, 2, 1, 22; Scheeben, III, 594 y sig.

(5) Schlosser, *Die Kirche in ihren Liedern*, (2) II, 131.

(6) Dante, *Parad.*, XXXIII, 10-15.

cuentran á veces, no lo negamos; pero si pensamos que hay tres cosas que la misma omnipotencia de Dios no podría hacer más perfecta, á saber, la humanidad de Jesucristo, la felicidad del cielo y la dignidad maternal de María, ⁽¹⁾ compréndese que se corra el riesgo de hablar de la Madre del Salvador de una manera insuficiente, antes que en términos exagerados.

El racionalismo religioso, cuyas ideas no han desaparecido aún por completo de los espíritus, teme toda expresión enérgica de la verdad sobrenatural completa. De aquí que no vacile en arrebatarse y quebrar las piedras más bellas de la corona de la Reina de cielos y tierra. Cuando la Iglesia dice, en la *Salve Regina*: «¡Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra!», se horroriza al punto y cree excelente usar de prudencia y moderación. De aquí que reemplace tan bellas palabras con estas otras: «¡Dios te salve, dulzura de nuestra vida!» Sí, en la patria del josefismo se ha dicho durante siglos en los templos: «¡Dios te salve, consuelo de nuestra vida!»

¡Qué piedad! Aquí cada cual puede procurarse por lo menos una docena de consuelos cada día. Pero, en cuanto á la vida, no tenemos más que una, Jesucristo, y esta vida sólo la poseemos por María. Por eso la llamamos vida nuestra, lo mismo que á su divino Hijo, y cantamos sin inquietud con la Iglesia: «¡Oh puerta del cielo y vía luminosa que nos conduce á Dios! Por ti poseemos la vida; á ti debe la cristiandad su salvación».

4. La glorificación de María es juntamente la obra más grande de la gracia y de la glorificación personal.—De lo que acabamos de decir, se deduce que la Santísima Virgen ha superado á todas las criaturas en santidad personal.

Esta es precisamente la razón por la cual muéstranse los cristianos tan justamente orgullosos de su Madre. En efecto, pueden decir, no sólo que ha recibido gratuitamente de Dios su grandeza incomparable, sino que la ha

(1) Thomas, 1, q. 25, a. 6, ad 4.

merecido y se la ha apropiado en toda la acepción de la palabra.

Dante ha cantado todavía esto en términos magníficos.

«Virgen Madre, hija de tu Hijo, humilde, pero más elevada que ninguna otra criatura, término fijo de la voluntad eterna, de tal modo has ennoblecido la naturaleza humana, que no se ha desdeñado Dios en convertirse en su propia obra». ⁽¹⁾

La justicia de Dios es inseparable de su amor. María no podía merecer la plenitud inmensa de gracias que ha recibido, con más derecho que puede merecer otra criatura la pequeña suma que se le ha concedido.

Dicha plenitud proviene únicamente del amor de Dios.

Pero si bien la maternidad divina ha hecho á María digna de inexpresable glorificación, la justicia de Dios es, no obstante, tan grande, tan incorruptible, que no le hubiese dado, únicamente por causa de su situación, el puesto más elevado entre todas las criaturas, si una de éstas se hubiese hecho más digna por virtudes más elevadas. Sólo porque ella ha superado á todos los ángeles y á la vez á todos los hombres por su propia santidad, ⁽²⁾ ha sido elevada en magnificencia por encima de todas las criaturas. Si es la primera junto al trono de Dios, no sólo se lo debe á la gracia, sino también á su propia cooperación á esta gracia.

Hay, pues, que distinguir tres cosas en María. La primera es su dignidad inmensa como Madre de Dios, la segunda su santidad personal, la tercera su cooperación en la Redención.

De un lado, soportó con nosotros y para nosotros todos los sufrimientos y sacrificios de su divino Hijo. De otro, adoptó por hijo á todo el género humano, con el peso de sus miserias y sus pecados. Encargóse ella de representarlo, en calidad de Madre, cerca de Dios, y de realizar en

(1) Dante, *Purad.*, XXXIII, 1-6.

(2) Sylveira, *In Apocul.*, c. 1, q. 62, n.º 536, 537.

El los designios que Dios se propone con relación á su salvación eterna.

Por cada una de estas tres distinciones ha recibido María extraordinaria elevación en el reino de Dios. Todas tres existen en ella en armonía tal, que nadie puede decir que no están en perfecto equilibrio.

En los santos, el uso de su libertad estaba completamente de acuerdo con la grandeza de sus dones sobrenaturales. De aquí que su recompensa no fuese únicamente la glorificación del amor, sino también la justificación de la justicia de Dios.

En María celebrará la divina Providencia su más espléndido triunfo en el último día, cuando se vea que la más alta distinción sobrenatural no es efecto de una preferencia arbitraria, sino obra maestra de la actividad humana personal.

5. María, la más grande en el reino de los cielos, por ser la más pequeña.—Por esta razón es María, para todos los que aspiran á la perfección, un modelo único, cuya santidad sólo es superada por la de su divino Hijo.

¡Santidad curiosa la de esta santidad, tanto más fácil de imitar, é ideal tanto más universal, cuanto que son más puros y más elevados!

Puédese sostener que los santos, cuya perfección comprende todos los grados, no merecen ser imitados en todo, y no es posible imitarlos en todo. Pero, en el Rey de los Santos, tenemos un modelo comprensible, imitable por todos los hombres, por todos los tiempos, por todas las situaciones. ⁽¹⁾

Del mismo modo, hay que decir con San Ambrosio: «María era tal, que su vida sola era un modelo para todos». ⁽²⁾

De tal importancia son estas palabras, que de buen grado daríamos toda nuestra sangre para que se grabasen profundamente en el corazón de todos los cristianos.

Todo lo que hemos dicho en esta extensa obra sería

(1) Vol. II, Conf. XVIII.

(2) Ambros., *De virginibus*, 1, 2, 15.